

NUEVAS TECNOLOGÍAS, VIEJAS IDEOLOGÍAS:  
ALGUNAS REFLEXIONES A PARTIR DE *HOMO DEUS* DE  
YUVAL NOAH HARARI

NEW TECHNOLOGIES, OLD IDEOLOGIES:  
SOME REFLECTIONS FROM YUVAL NOAH HARARI'S  
*HOMO DEUS*

---

Fabrizio Acciaro  
Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico, Ponce  
facciaro@hotmail.com

**Resumen:** La obra de Yuval Noah Harari, específicamente *Homo Deus*, nos proporciona un análisis detallado y completo del futuro tecnológico que nos espera, pero no resulta igualmente convincente a la hora de buscar alternativas. Esta insuficiencia deriva de la asunción de dos supuestos no cuestionados, es decir, ideológicos: por un lado, el cientificismo (aunque sea subrepticio), por el otro, la deconstrucción. La hermenéutica, en su vertiente no nihilista, nos parece ofrecer un camino viable para superar ambos prejuicios y, por tanto, mucho más prometedor con relación a la tarea de figurar “futuros alternos”.

**Palabras clave:** Harari, cientificismo, deconstrucción, hermenéutica

**Abstract:** Yuval Noah Harari's work, specifically *Homo Deus*, provides us with a detailed and comprehensive analysis of the technological future that awaits us, but it is not equally compelling when looking for alternatives. This insufficiency derives from the assumption of two unquestioned postulates, that is to say, ideological ones: on the one hand, scientism (albeit surreptitious), on the other, deconstruction. Hermeneutics, in its non-nihilistic version, seems to offer us a viable way to overcome both prejudices, and therefore, it is much more promising in relation to the task of figuring “alternate futures”.

**Keywords:** Harari, scientism, deconstruction, hermeneutics

\*\*\*

## El problema de nuestro tiempo

Hasta hace pocos años el debate filosófico giraba alrededor de la posmodernidad: la crisis de los “grandes relatos”, el fracaso del proyecto ilustrado, la sociedad “líquida” y el “pensamiento débil”. Pero Harari nos advierte que este debate corre el riesgo de quedar obsoleto antes de llegar a una conclusión, puesto que “el tren de la historia está saliendo de nuevo de la estación” y su locomotora son las nuevas tecnologías informáticas y biológicas.

Uno podría pensar que los maquinistas de la locomotora son los transhumanistas; pues en efecto, estos se presentan a sí mismos como la avanzadilla ideológica de nuestro futuro tecnológico. Según ellos (al menos algunos), la IA llegará pronto a producir una conciencia igual o superior a la humana; las biotecnologías nos permitirán ampliar nuestras capacidades físicas, intelectuales e incluso morales; nuestra calidad de vida mejorará exponencialmente y su duración se alargará indefinidamente (quizás hasta alcanzar la a-mortalidad). En otras palabras, *Sapiens*, ahora en fase de *transición*, está destinado a desaparecer para dejar lugar a un ser *post-humano*.

Pero siempre gracias a Harari, nos parece más bien entender que el verdadero “problema de nuestro tiempo” no son las ideas transhumanistas, sino el impacto que *de hecho* las nuevas tecnologías están teniendo en nuestras vidas y el que previsiblemente tendrán en un futuro ya próximo.

Es verdad que muchas de las ideas transhumanistas ya no son meras profecías, sino objeto de investigación y experimentación en varios laboratorios de California, Inglaterra y China. Lo que significa inversiones millonarias. No es que tales inversionistas compartan necesariamente las ideas del transhumanismo, pero evidentemente entienden que en el desarrollo de las nuevas tecnologías se juega la posibilidad de hacer mucho dinero y obtener mucho poder. Así, mientras por un lado los transhumanistas predicán una suerte de tecnoreligión, por el otro, Google, Amazon, Facebook y Apple (entre otros) financian sus proyectos de investigación.

## El sorprendente “caso Harari”

La trilogía publicada por Yuval Noah Harari (*Sapiens*, *Homo Deus*, *21 Lecciones para el siglo XXI*) ha sido un éxito

editorial sorprendente. Hay que reconocer que la prosa de Harari reúne muchas cualidades: una cantidad exuberante de datos y ejemplos; una extraordinaria capacidad de conectarlos y proyectarlos; un estilo llano, intrigante y brillante. En pocas palabras, una visión que, de inmediato, resulta atractiva y convincente.

Harari no es un transhumanista, sino más bien un observador agudo y documentado de la epopeya que le ha permitido a *Sapiens* convertirse en *Homo Deus* y de la agenda que éste tiene preparada para su propio futuro (objetivos transhumanistas incluso). En cierto sentido, Harari quiere despertarnos del “sueño dogmático” que nos impide todavía realizar el alcance de la revolución tecnológica en marcha; advertirnos de los escenarios inquietantes, o por lo menos problemáticos, que tal revolución nos está deparando; indicarnos los interrogantes que plantea y las correspondientes decisiones que habría que tomar desde ya.

Pero el caso Harari resulta sorprendente también por otra razón, esta vez menos entusiasmante y positiva que la primera. Y es que su discurso, si por una parte funciona eficazmente como “despertador”, por otra parte, no parece igualmente eficaz a la hora de buscar “futuros alternos”. Dicho con toda franqueza, Harari nos parece la última versión (la más actualizada, aguda y brillante) de lo viejo, donde “lo viejo” viene siendo la ideología. Más precisamente, según entendemos, su planteamiento descansa sobre dos supuestos ideológicos no cuestionados: uno moderno, el cientificismo, y otro posmoderno, la deconstrucción.

### **Cientificismo y deconstrucción**

Escribe nuestro autor:

A los sapiens nos gusta decirnos que gozamos de cierta cualidad mágica, que no solo explica nuestro inmenso poder, sino que también confiere justificación moral a nuestra condición privilegiada. ¿En qué consiste esta chispa humana única? La respuesta monoteísta tradicional es que solo los sapiens poseen un alma eterna. [...] Sin embargo, los últimos descubrimientos científicos contradicen de plano este mito monoteísta. [...] Los científicos han sometido a *Homo sapiens* a decenas de

miles de singulares experimentos y han escrudiñado hasta el último resquicio de nuestro corazón y el último pliegue de nuestro cerebro. Pero por el momento no han descubierto ninguna chispa mágica. No existe una sola evidencia científica de que, en contraste con los cerdos, los sapiens posean alma. (Harari 2018a, 118-119)

La existencia del alma, pues, sería *un mito* monoteísta, es decir, pura invención fantástica, o –para expresarnos de una manera más “educada” – una *construcción cultural*, específicamente, religiosa. Que las cosas estén así, además, lo aprendemos *gracias a la ciencia*, puesto que, del alma, los científicos no han encontrado ni rastro.

A decir verdad, lejos de hacer profesión de científicismo, Harari parece más bien limitarse a *tomar nota de un hecho*, un poco como Nietzsche, quien no pretendía *demostrar* que Dios no existe, sino solamente *constatar* su muerte. Por lo demás, esta postura es perfectamente coherente con la deconstrucción: si el monoteísmo es un mito, tampoco es el caso de reemplazarlo con otro, aun cuando presuma aureola de cientificidad (por cierto, también el rechazo del culto positivista por los “hechos” tiene un sabor muy nietzscheano). En todo caso, Harari da por sentado que la revolución científica ha condenado a muerte todos los dioses<sup>1</sup> y que la sentencia sea inapelable (pues en ningún momento se cuestiona su validez). En otra página de *Homo Deus*, por ejemplo, leemos lo siguiente:

La teoría de la relatividad no enfurece a nadie porque no contradice ninguna de nuestras preciadas creencias. A la mayoría de la gente le importa un comino que el espacio y el tiempo sean absolutos o relativos. [...] En cambio, Darwin nos ha privado de nuestra alma. Si uno entiende de verdad la teoría de la evolución, comprende que el alma no existe. (Harari 2018a, 121)

---

<sup>1</sup> “Durante la revolución agrícola, la humanidad silenció a animales y a plantas, y convirtió la gran ópera animista en un diálogo entre el hombre y los dioses. Durante la revolución científica, la humanidad silenció también a los dioses.” (Harari 2018a, 113)

Evidentemente, Harari se incluye en el número de aquellos que han entendido de verdad la teoría de la evolución y que, por lo mismo, han comprendido que el alma no existe.

No se trata de afirmaciones casualmente diseminadas en el texto de *Homo Deus*, sino de una referencia recurrente al “punto de vista de la ciencia”, con el que Harari pretende respaldar una parte importante de su discurso. Tan es verdad que la ciencia, según él, no ha desbancado solamente el mito monoteísta del alma,<sup>2</sup> sino también el supuesto fundamental del “relato” (léase: mito) liberal: la existencia del yo. En efecto, argumenta Harari, si las nuevas tecnologías del siglo XXI amenazan con despojar a los humanos de su autoridad para transferirla a algoritmos no humanos, la culpa no es de “los frikis de los ordenadores”, sino de los biólogos:

Pero cuando los biólogos llegaron a la conclusión de que los organismos son algoritmos, desmantelaron el muro que separaba lo orgánico de lo inorgánico; transformaron la revolución informática, que pasó de ser un asunto simplemente mecánico a un cataclismo biológico, y transfirieron la autoridad de los individuos humanos a los algoritmos conectados en red. (Harari 2018a, 377)

La creencia liberal en el individualismo, explica Harari, se fundamenta en tres supuestos básicos: 1) la existencia de un yo in-dividual (en el sentido literal de una esencia única e indivisible); 2) la completa libertad de la que goza ese yo; y 3) el conocimiento de sí mismo que solo el yo posee. Sin embargo, prosigue nuestro autor, las ciencias de la vida han socavado tales supuestos:

Según las ciencias de la vida:

1. Los organismos son algoritmos, y los humanos no son individuos: son «dividuos». Es decir, los humanos son un conjunto de muchos algoritmos diferentes que carecen de una voz interior o un yo únicos.
2. Los algoritmos que conforman un humano no son libres. Están modelados por los genes y las presiones

---

<sup>2</sup> “Mientras que la revolución agrícola dio origen a las religiones teístas, la revolución científica dio origen a las religiones humanistas, en las que los humanos sustituyeron a los dioses.” (Harari 2018a, 113)

ambientales, y toman decisiones, ya sea de manera determinista, ya sea al azar, pero no libremente.

3. De ahí se infiere que un algoritmo externo puede teóricamente conocerme mucho mejor de lo que yo nunca me conoceré (Harari 2018a, 360).

Si el yo es una ficción, ni más ni menos real que “el Dios de las mieses y las estirpes”, tanto el teísmo como las “religiones” humanistas (liberalismo, comunismo, nazismo) no son más que mitos, es decir, otras – entre tantas – de estas narraciones ficticias por medio de las cuales los humanos desde siempre se representan el mundo y su propio papel (privilegiado) dentro de él. Pero en ambos casos, la voz que desenmascara la ficción, revelando a todos que “el rey está desnudo”, es la voz de la ciencia. Es cierto que Harari no tiene ningún interés en defender la causa científicista, pero se sirve abundantemente del papel desmitificador de la ciencia. En otras palabras, el supuesto principal del discurso de Harari es más bien la deconstrucción, pero la herramienta privilegiada para llevar a cabo tal estrategia resulta ser justamente la ciencia. A confirmación de que la sinergia entre ciencia y deconstrucción no es ocasional, sino una constante, podemos leer las siguientes afirmaciones, esta vez tomadas de *21 lecciones para el siglo XXI*:

Fueron nuestros propios dedos humanos los que escribieron la Biblia, el Corán y los Vedas, y es nuestra mente la que confiere poder a tales relatos. Son, sin duda, relatos bellos, pero su belleza reside estrictamente en los ojos del espectador. [...] En sí mismo, el universo es solo un revoltijo sin sentido de átomos. Nada es hermoso, sagrado o sexy, pero los sentimientos humanos así hacen que sea. [...] Si eliminamos los sentimientos humanos, nos quedamos con un montón de moléculas. (Harari 2018b, 324)

Por desgracia, la libertad y la creatividad humanas no son lo que el relato liberal imagina. Hasta donde alcanza nuestro conocimiento científico, no hay magia tras nuestras elecciones y creaciones. Son el producto de miles de millones de neuronas que intercambian señales bioquímicas [...]. El relato liberal nos instruye en buscar libertad para expresarnos y realizarnos. Pero tanto

«nosotros» como la libertad son quimeras mitológicas tomadas prestadas de los cuentos de hadas de tiempos antiguos. (Harari 2018b, 325)

Y a fin de conocernos, un paso fundamental es reconocer que el «yo» es un relato ficticio que los mecanismos intrincados de nuestra mente construyen, ponen al día y reescriben sin cesar. En mi mente hay un narrador que explica quién soy, de dónde vengo, hacia dónde me dirijo y qué está ocurriendo ahora mismo. (Harari 2018b, 327)

Pero precisamente por la presencia de los supuestos ideológicos del cientificismo, por un lado, y de la deconstrucción, por el otro, cabe preguntarse si en la obra de Harari realmente podemos encontrar luces para los “futuros alternos” que andamos buscando, o bien si hay que buscar otro camino. En nuestra opinión, en efecto, el camino de la hermenéutica resulta mucho más convincente y prometedor.

### ***Verdad personal versus cientificismo***

La ciencia es objetividad y, como tal, verdadera. Más objetiva y exacta es una ciencia, más “dura” será. Lamentablemente, religión, filosofía y humanidades en general son saberes subjetivos y, por lo tanto, poco o nada verdaderos. Para ganar un poco de credibilidad, las humanidades han querido transformarse en ciencias humanas, pero, aun así, no pasan de ser ciencias “blandas”: a pesar de mucha investigación de campo, de mucho cuestionario y muestra, en fin, a pesar de la estadística, no pueden librarse de un margen consistente de subjetividad. La subjetividad, pues, es el defecto insalvable, el “pecado original” de las humanidades.

Así lucen las cosas desde el punto de vista del objetivismo científico. Pero si las miramos desde el punto de vista de la intrínseca singularidad de lo humano, es decir, del punto de vista de la persona, el panorama cambia significativamente. Bajo esta perspectiva, en efecto, si bien es cierto que objetividad y subjetividad son inversamente proporcionales (tanta más subjetividad, tanta menos objetividad), también es cierto que “objetivo” significa “impersonal”, y que, por lo mismo, al máximo de objetividad corresponde el máximo de impersonalidad.

Lamentablemente, toda persona es un hecho singular y, puesto que de lo singular no hay ciencia posible, tampoco es posible una ciencia de la persona. Pero si ciencia es igual a objetividad y objetividad es igual a verdad, ¿significa esto que la persona no tiene ningún papel ni nada que decir en cuanto a la verdad se refiere? La pregunta es más que legítima y, junto a ésta, las que le siguen: si el mundo y la vida *reales* son tan solo objetividad, ¿qué pinta la persona en esta vida y en este mundo? Y si lo que cada uno de nosotros puede decir, a partir de su experiencia personal, no tiene *valor de verdad*, ¿qué hacemos ahora aquí, en este simposio?

Pero si, por el contrario, la presencia de cada uno de nosotros aquí y ahora tiene sentido, esto es porque la realidad y la verdad no son pura objetividad y, por lo mismo, no son tan solo ni principalmente un asunto científico. Más aún, si la singularidad de la persona no es un defecto, sino una condición original y positiva de la experiencia de la verdad, más bien valdría plantear la cuestión a la inversa: no es la ciencia la que dice *la verdad* sobre el mundo y la vida, sino que es la verdad, incluso la verdad científica, la que en última instancia viene a depender de la persona. De hecho, no es la persona un producto de la ciencia, sino la ciencia un producto de la persona.

### **Interpretación versus deconstrucción**

“De la verdad no existe sino interpretación y no existe interpretación sino de la verdad” (Pareyson 2014, 81): desde el punto de vista hermenéutico, no hay oposición alguna entre verdad e interpretación. La interpretación, pues, no es una versión “remediada”, aproximada o arbitraria de la verdad, sino la única manera en que la persona puede captarla, experimentarla y expresarla. Obviamente, siendo personal, toda interpretación será siempre y solo *una experiencia* histórico-finita de la verdad. Pero de nuevo, ese carácter histórico-finito de la verdad solo constituye un escándalo para el objetivismo (sobre todo, para el cientificismo), mientras que para la hermenéutica representa un “valor añadido” y, por lo mismo, la única posibilidad de justificar y valorar las vicisitudes particulares de cada existencia, así como también la responsabilidad personal de cada cual delante de la verdad.

Pero el hecho de asumir la concepción hermenéutica de una verdad personal ¿no implicará la renuncia al carácter absoluto, inmutable y eterno de la verdad? No es posible aquí contestar esta pregunta de manera exhaustiva, pero baste con añadir algunas precisiones.

La verdad absoluta y eterna no se traduce en infinitas interpretaciones histórico-finitas por ser *inalcanzable* o *inexistente*, sino por ser *inagotable*.<sup>3</sup> Lo inagotable de la verdad (o del ser) es lo que explica, más aún, exige, la existencia de infinitas interpretaciones. La verdad, pues, se manifiesta realmente en la experiencia, pero la experiencia es siempre e irreductiblemente personal. Esto quiere decir que cada persona es (virtualmente) el destinatario intransferible de una revelación singular de la verdad. Por otra parte, ninguna interpretación de la verdad es definitoria y definitiva (ninguna interpretación puede decir de una vez por todas toda la verdad), puesto que también el acontecimiento de la verdad es desbordante e irreductible a toda interpretación. Pero la desproporción o diferencia entre verdad (inagotable) e interpretación (histórico-finita) es justamente lo que *posibilita la historia*, lo que le da sentido y valor. De otra manera, la historia (tanto biográfica como universal) sería tan solo una sucesión de intentos fallidos de apresar una verdad que siempre se nos escapa (lo que, por lo regular, constituye el pretexto principal de todo historicismo relativista o nihilista). Muy al contrario, la historia es el acontecimiento siempre nuevo de lo más antiguo, producción inextinguible de formas originales en las que se encarna la verdad, una verdad que, siendo la *misma*, nunca es *igual*.

Mirada desde un punto de vista hermenéutico, la deconstrucción pierde mucho de su brillo y de su pretendida carga subversiva. En pocas palabras, la deconstrucción viene a decirnos que la Biblia la escribieron los judíos, que la *Metafísica* lleva la firma de Aristóteles y que el derecho lo inventaron los romanos. Lejos de ser la avanzadilla del pensamiento crítico, o la mirada penetrante que escudriña y destierra las raíces, la deconstrucción nos “revela” una obviedad hermenéutica: que de la verdad no hay sino interpretación, y que la interpretación es una obra humana, más aún, personal. Con la diferencia de que la deconstrucción lo desecha

---

<sup>3</sup> Una “ontología de lo inagotable” es justamente la perspectiva hermenéutica que Luigi Pareyson formula en *Verdad e interpretación* (2014).

(desmitifica) todo, mientras que la hermenéutica todo lo valora; de que la deconstrucción está abocada al desempleo (cuando ya no le quede nada que deconstruir), mientras que la hermenéutica tiene por delante un horizonte siempre abierto de posibilidades infinitas.

### Una confirmación indirecta: la *verdad personal* de Harari

Miles de años antes de nuestra época liberal, el antiguo budismo fue más allá al negar no sólo todos los dramas cósmicos [los de las religiones arcaicas], sino incluso el drama interno de la creación humana [el del liberalismo]. El universo no tiene sentido, y los sentimientos humanos tampoco tienen sentido alguno. No son parte de un gran relato cósmico: son solo vibraciones efímeras que aparecen y desaparecen sin propósito concreto. *Esta es la verdad*. Piénsalo, lector. (Harari 2018b, 329, subrayado nuestro)

Estas palabras de Harari nos parecen por lo menos sorprendentes: creíamos haber aprendido de él que las religiones teístas y las religiones humanistas no son más que mitos precisamente porque no son científicas, pero ahora resulta que el antiguo budismo tenía razón (a pesar de que tampoco Buda tuviera mucha familiaridad con el método científico). ¿Qué parte del discurso de Harari se nos habrá escapado? Ninguna. Sencillamente, *esta es la verdad*. Piénsalo, lector.

A pesar de la sorpresa, el lector en cuestión podría alegrarse de que no todo, al fin y al cabo, queda deconstruido, y de que al menos en Buda se pueda confiar. Por nuestra parte, lamentablemente, tenemos que confesar que no acabamos de entender por qué Buda sería más creíble que el relato bíblico o liberal, por mucho que se lo piense. Pero más allá del “detalle”, nos parece muy instructivo aprender cómo Harari llegó a la convicción de que el budismo tenía razón. Él mismo nos lo cuenta:

De adolescente era una persona inquieta y llena de problemas. El mundo no tenía sentido para mí y no hallaba respuesta a las grandes preguntas que me formulaba acerca de la vida. En particular, no comprendía por qué había tanto sufrimiento en el mundo y en mi propia existencia. [...]

Cuando empecé a estudiar en la universidad, pensé que sería el lugar ideal para dar con las respuestas. Pero me llevé un desengaño. El mundo académico me proporcionó herramientas potentes para deconstruir los mitos que los humanos han forjado, pero no respuestas satisfactorias a las grandes preguntas de la vida. [...]

Finalmente, mi buen amigo Ron me sugirió que, al menos por unos días, dejara de lado todos los libros y discusiones intelectuales y probara con un curso de meditación Vipassana. (*Vipassana* significa «introspección» en el lenguaje pali de la antigua India). (Harari 2018b, 336-337)

Unas líneas después, comentando lo que aprendió en este curso, Harari confiesa: “Fue lo más importante que nadie me había dicho nunca” (337). “A partir de aquel primer curso en 2000 –prosigue su relato– empecé a meditar durante dos horas diarias y todos los años realizo un largo retiro de meditación de un par de meses.” Y para que no quepa duda sobre el papel de la meditación en su vida personal, añade: “Sin la concentración y la claridad que proporciona esta práctica, no podría haber escrito *Sapiens* ni *Homo Deus*” (340).

Hay que reconocer la honestidad con la que nuestro autor, venciendo incluso algunas resistencias, nos comparte su experiencia personal.<sup>4</sup> No obstante, su “explicación” no nos parece satisfactoria. Tomemos, por ejemplo, la siguiente afirmación: “Al menos para mí, la meditación nunca ha entrado en conflicto con la investigación científica. Al contrario: ha sido otro instrumento valioso en la caja de herramientas científica, sobre todo cuando he intentado entender la mente humana” (Harari 2018b, 340). ¿Es esto suficiente para explicar la relación entre ciencia y meditación? Creemos que no, puesto que podríamos plantearle a Harari otras preguntas: ¿Es la ciencia la que explica la meditación Vipassana, o bien es la meditación

---

<sup>4</sup> “Después de haber criticado tantos relatos, religiones e ideologías, no deja de ser justo que también yo me sitúe en la línea de fuego, y explique cómo alguien tan escéptico es capaz todavía de despertar alegre por las mañanas. Dudo en hacerlo, en parte por temor a la autocomplacencia y en parte porque no quiero dar la impresión equivocada de que lo que funciona para mí funciona para todo el mundo. Soy bien consciente de que los caprichos de mis genes, neuronas, historia personal y *dharmas* no los comparten todos. Pero quizás sea bueno que los lectores sepan qué matices colorean las gafas a través de las cuales veo el mundo y distorsionan mi visión y mi escritura.” (Harari 2018b, 336)

Vipassana la que explica la ciencia? ¿Es la meditación Vipassana el resultado de un juego de algoritmos, o bien se trata de otro tipo de experiencia? Y si éste fuera el caso, ¿de qué tipo de experiencia estamos hablando y con qué tipo de discurso (lógica) la argumentamos? Pero podemos dejar a un lado estas preguntas (puesto que, al fin y al cabo, contestarlas no es asunto nuestro sino de Harari) para enfocarnos más bien en el hecho de que la “confesión” de Harari es una confirmación indirecta e involuntaria, pero patente, de lo que hemos venido argumentado.

Lo que ha llevado a Harari a la convicción de que el budismo es verdadero no ha sido la deconstrucción (mucho menos el cientificismo), sino *una experiencia personal*: la de su encuentro con la meditación Vipassana. La meditación Vipassana no tiene nada que ver con la ciencia, pero es *una experiencia humana*, el único tipo de experiencia que puede transformar nuestra existencia: “Fue lo más importante que nadie me había dicho nunca”.

Ahora bien, una cosa es la experiencia de la meditación Vipassana, otra cosa es el budismo. Una cosa es la experiencia personal de Yuval Noah Harari, otra cosa lo que él escribe en *Sapiens* y *Homo Deus*. Lo primero es una *experiencia*, lo segundo, una *interpretación* de la experiencia. Al igual que el prehistórico cazador-recolector, que el monje cisterciense o el liberal ilustrado, también Harari ha vivido su experiencia humana y la ha interpretado. ¿Por qué su interpretación sería verdadera y las otras no? Experiencia personal e interpretación son los dos polos de la cuestión, de los que tampoco Harari puede escapar. Cada uno de nosotros, Harari incluso, está llamado a vivir auténticamente su propia experiencia humana y a interpretarla de manera razonable. En ese intento inacabable de ser auténtico y razonable, cada uno se juega la vida.

## Conclusiones

A nuestro entender, la posibilidad de un futuro alternativo (respecto al rumbo que están tomando las nuevas tecnologías del siglo XXI) depende últimamente de la persona. Que este futuro alternativo ya esté germinando o no, cada uno lo puede juzgar mirando a su propia experiencia humana: ¿hay algo en mi vida que fundamente la certeza, o que por lo menos motive el deseo, de una alternativa? Por muy frágil que parezca, la

experiencia personal sigue siendo el punto de partida insoslayable: pues es el lugar donde una novedad, un cambio, una alternativa, acontece o no acontece, empieza o no empieza a echar raíces.

Por otra parte, como hemos venido argumentando, para propiciar un futuro realmente alternativo quedan pendientes dos tareas culturales:

- 1) Si algo hay que desmitificar, esto es el cientificismo, es decir, la última ideología moderna. Lejos de quedar en claro, la distinción entre ciencia y cientificismo sigue siendo un enredo, y el problema resulta cada vez más urgente, puesto que cada vez menos justificada parece la centenaria separación entre ciencias y humanidades.
- 2) También la disyuntiva entre *fundamentalismo de la verdad* (“Esta es la verdad”) y *negación de la verdad* (“Todo es relato y mito”) parece haber agotado ya todas sus posibilidades y empieza a sonar hueca cada vez más (por lo menos, a nuestros oídos).

Para el desempeño de ambas tareas, creemos que la hermenéutica tiene mucho que aportar. Ciertamente, no la hermenéutica nihilista, sino la inaugurada por Heidegger y desarrollada por Gadamer, Ricoeur y Pareyson. En otras palabras, no: “No existen hechos sino solo interpretaciones”, sino: “No existe interpretación sino de la verdad”.

\*\*\*

### Obras Citadas

Harari, Y. N. (2018a). *Homo Deus*. Miami: Penguin Random House.

Harari, Y. N. (2018b). *21 lecciones para el siglo XXI*. Miami: Penguin Random House.

Pareyson, L. (2014). *Verdad e interpretación*. Madrid: Encuentro.